

nomo chino Cocheu-King recibió en 1280 el tratado de astronomía de Ibn Junis, y lo dió á conocer en China. En cuanto á la medicina árabe, la introdujo en 1215 la invasión de Kublai.

La influencia científica de los Arabes sobre los Orientales ha continuado hasta nuestros días, y todavía los Persas estudian en sus libros las ciencias, puesto que ya dijimos que el árabe en Persia desempeña el mismo papel que el latín en Occidente durante la Edad media.

II

INFLUENCIA DE LOS ÁRABES EN OCCIDENTE

Influencia científica y literaria de los Arabes.—Vamos ahora á ver si demostramos que la trascendencia que éstos tuvieron en Occidente no fué menos considerable, debiéndose á ellos la civilización de Europa. Pero es preciso advertir que se verificó de diferente modo. En los países orientales se dió sobre todo á conocer en la religión, la lengua y las artes; y en los occidentales fué nula en religión; escasa en las artes y la lengua, é inmensa en la enseñanza científica, literaria y moral (1).

La importancia del papel desempeñado por los Arabes en Occidente no puede comprenderse sin recordar el estado de Europa cuando ellos la civilizaron.

Si nos fijamos en los siglos IX y X de nuestra era, época en que la civilización musulmana de España brillaba con la más viva luz, se observa que los únicos centros intelectuales del resto de Occidente eran las macizas murallas feudales que habitaban unos señores medio salvajes, que se enorgullecían de no saber leer. Los personajes más instruidos de la cristiandad eran unos pobres frailes ignorantes, que pasaban el tiempo raspando piadosamente, en el fondo de los monasterios, las copias de las obras maestras de la antigüedad, con objeto de adquirir el pergamino necesario para transcribir libros de meditaciones cristianas.

La barbarie de Europa fué mucho tiempo

(1) Nos parece que el autor se equivoca creyendo que fué escasa la influencia del árabe en las lenguas neo-latinas. En la francesa y la italiana trascendió mucho por obra del provenzal, cuyo carácter y progresos literarios se debieron particularmente á la influencia de los prosistas y poetas árabes; y en el castellano por medio del árabe de los Estados hispano-árabes y por medio del provenzal: entiéndase bien que decimos esto refiriéndonos, no á las palabras que introdujeron en dichas lenguas, que eso es baladí y lo que probablemente entiende señalar Mr. Le Bon: nosotros aludimos al impulso que dió á la formación y desarrollo orgánicos de dichas lenguas. (N. del T.)

demasiado grande para que los Europeos echen de ver su estado; y tan sólo en el siglo XI y particularmente en el XII aparecieron algunas tendencias científicas. Cuando algunas inteligencias, algo perspicaces, reconocieron la necesidad de sacudir aquella ignorancia, pidieron auxilio á los Arabes, que entonces eran los únicos maestros.

Así pues, no es cierto, según se ha dicho, que las ciencias penetrasen en Europa merced á las Cruzadas; lo cierto es que penetraron por España, Italia y Sicilia. Ya en 1130 un colegio de traductores, fundado en Toledo, bajo el protectorado del obispo Raimundo, comenzó en latín la traducción de los más célebres autores árabes. El éxito de esas traducciones fué resonante. Con ellas se abrió un mundo nuevo al Occidente; y durante los siglos XII, XIII y XIV el trabajo de los traductores no cesó, poniendo en latín no sólo á Rhazes, á Albucasis, Avicena, Averroes, sino también á los autores griegos, como Galeno, Hipócrates, Platón, Aristóteles, Euclides, Arquímedes y Ptolemeo, que los musulmanes habían vertido á su propia lengua. En su *Historia de la medicina árabe* el Dr. Leclerc hace ascender á más de 300 el número de obras árabes traducidas al latín. El hecho es que la Edad media no conoció la antigüedad griega, sino después que ésta pasó á la lengua de los discípulos del profeta. Gracias á las traducciones, algunas antiguas obras, cuyos originales se han perdido, han podido llegar hasta nosotros, como por ejemplo, las secciones cónicas de Apolonio, los comentarios de Galeno sobre las epidemias, el tratado de las piedras por Aristóteles, etc. Sí; á los Arabes se debe el conocimiento de la antigüedad; no se debe á los frailes de la Edad media, los cuales hasta el griego ignoraban; y por eso debemos á aquellos una gratitud eterna por habernos salvado tan precioso tesoro. «Borrada los Arabes de la historia, dice Libri, y el renacimiento de las letras tardará aún muchos siglos en Europa.»

Por consiguiente la presencia de los Arabes en España en el siglo X, fué causa de que un rincón de Occidente conservase el culto de las letras y de las ciencias abandonado en todas partes, hasta en Constantinopla. No había entonces, fuera del Oriente musulmán, más que la tierra árabe de España donde el estudio fuese posible; y en efecto, allí iban á estudiar los pocos curiosos que se afanaban por las cuestiones científicas. Allí fué á estudiar, según una

tradicción, que aunque discutida, no se ha podido demostrar inexacta, Gerbert, que fué papa en 999, con el nombre de Silvestre II; el cual vió frustrados sus intentos cuando después quiso extender la ciencia por Europa; pues sus conocimientos parecieron tan asombrosos, que le acusaron de haber vendido su alma al diablo. Hasta el siglo XV no cabe citar ningún autor que haya hecho más que copiar á los Arabes. Rogerio Bacón, Leonardo de Pisa, Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lulio, Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Alfonso X de Castilla no fueron más que sus discípulos ó sus copistas. «Alberto el Grande lo debe todo á Avicena, dice Mr. Renán, y Santo Tomás, en calidad de filósofo, es tan sólo un hijo de Averroes.»

La traducción de los libros árabes, y sobre todo de los relativos á ciencias, sirvió casi de base exclusiva en la enseñanza de las universidades de Europa, por espacio de cuatro á cinco siglos; y en ciertos ramos de la ciencia, como por ejemplo la medicina, cabe decir que la influencia árabe ha durado hasta nuestros días, pues á fines del siglo pasado todavía se comentaban en Mompeller las obras de Avicena.

Tan inmensa fué la influencia de los Arabes en las universidades de Europa, que hasta se manifestó en ramos de ciencia como la filosofía, á pesar de que aquellos la habían hecho adelantar muy poco; y así Averroes fué desde principios del siglo XIII la autoridad suprema de la filosofía en nuestras universidades. Por eso cuando Luis XI se propuso en 1473 reglamentar la enseñanza, ordenó el estudio de las doctrinas del filósofo árabe y de las de Aristóteles.

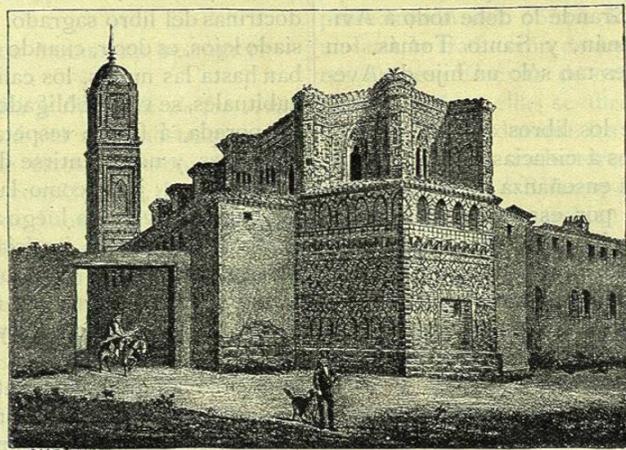
La autoridad de los Arabes en las universidades de Italia, y particularmente en la de Padua, no era menor que en Francia; ocupando en ellas el mismo lugar que ocuparon en el Renacimiento los Griegos y Latinos; y es necesario leer las protestas de indignación que hizo el Petrarca para comprender hasta qué extremo llegaba. «¡Cómo! exclamaba el gran poeta. Cicerón pudo ser orador después de Demóstenes; Virgilio pudo ser poeta después de Homero; y ahora, después de los Arabes, no deberíamos atrevernos á escribir. ¡Decís que quizá habremos sobrepujado á veces á los Griegos, y por consiguiente á todas las naciones; pero que no hemos sobrepujado á los Arabes! ¡Oh, locura! ¡oh, vértigo! ¡oh, genio de Italia, adormecido, si no extinguido!»

En todas las doctrinas científicas y filosóficas que los Arabes propagaron durante más de cinco siglos por el mundo, la influencia del Corán fué tan nula como la de la Biblia en las obras de ciencia moderna. Formaba el Corán un conjunto de doctrinas que los sabios casi respetaban como origen del poder de los Arabes, y por estar bien adaptado á las necesidades de la multitud, tan poco preparada entonces como ahora para aprovechar las lecciones de la ciencia y de la filosofía. Pero los sabios no se preocupaban nada de las divergencias existentes entre los resultados de sus descubrimientos y las doctrinas del libro sagrado. Cuando iban demasiado lejos, es decir, cuando sus opiniones llegaban hasta las masas, los califas, sus protectores habituales, se veían obligados á desterrarlos una temporada, á fin de respetar los sentimientos populares, y no resentirse de las consecuencias del contraste; pero como la tempestad pasaba rápidamente, volvían luego á llamarlos; y según lo nota con mucha justicia Mr. Renán, tan sólo en el siglo XIII, cuando los Arabes desaparecieron de la escena del mundo, y su poder cayó en manos tan torpes y brutales como las de los Turcos, Berberiscos, etc., comenzó á introducirse la intolerancia entre los musulmanes. En efecto, frecuentemente no son las doctrinas las intolerantes, sino los hombres; y la raza árabe tenía demasiada perspicacia para separarse nunca de aquella tolerancia que en todas partes demostró desde el principio de sus conquistas.

Durante todo el transcurso del período brillante que tuvo la civilización árabe, cabe decir que la tolerancia religiosa fué absoluta; de lo cual hemos alegado bastantes pruebas para que haya necesidad de demostrarlo; por cuyo motivo nos limitaremos á trasladar la relación traducida por Mr. Dozy de un teólogo árabe que asistió en Bagdad á varias conferencias filosóficas, en que tomaban parte personas de todas las creencias, como judíos, ateos, güebros, musulmanes, cristianos, etc.; á cada uno de los cuales se escuchaba con la mayor deferencia, con tal que no alegasen más que argumentos sugeridos por la razón, absteniéndose de los correspondientes á libros religiosos. Después de más de mil años de guerras espantosas, de odios seculares y de carnicerías desapiadadas, los Europeos no han podido aún elevarse á una tolerancia tan perfecta.

Si la influencia de los Arabes fué considerable en aquellas partes de Europa donde no po-

dían dominar sino con sus obras, cabe prever fácilmente que debió serlo muchísimo más en el centro europeo donde reinaron como señores, á saber, en España. No hay mejor medio de apreciar esta influencia de un modo indiscutible que comparar lo que era España antes de los Arabes, lo que fué durante su dominio y lo que ha sido después. Lo que fué antes del poder de éstos y durante su poder, ya lo hemos dicho, exponiendo hasta qué extremo de prosperidad llegó la península mientras reinaron los Arabes. También expusimos lo que fué des-



Abside de la iglesia de San Pedro (Calatayud); estilo hispano-árabe

al Occidente es únicamente debido á los Arabes. Bien puede ser que las razas inferiores que los han heredado hayan tenido un influjo político ó religioso más ó menos eficaz; pero su influjo científico, literario y filosófico ha sido radicalmente nulo.

Influencia de los Arabes en la arquitectura.

—La influencia de los Arabes en las artes de Europa, y principalmente en la Arquitectura, no es dudosa, aunque me parezca menos extensa de lo que generalmente se cree. Al menos tengo para mí que no debe buscarse donde suele decirse, asegurando por ejemplo, que la Edad media les debe la arquitectura ojival; pues aunque se admitiese, con muchos autores, que la ojiva ha sido tomada de los Arabes, los cuales efectivamente se sirvieron de ella en Egipto, Sicilia é Italia desde el siglo x; no creo que de esto quepa sacar la conclusión que les debemos nuestra arquitectura gótica. Entre una catedral gótica de los siglos XIII ó XIV y una mezquita de la misma época, hay un verdadero abismo. La forma ojival de las puertas y de las

pués, pero volveremos luego á ocuparnos de ello al hablar de sus sucesores; y entonces veremos cómo su expulsión fué seguida de una decadencia de la cual España todavía no se ha levantado. Imposible sería aducir ejemplo más claro de la influencia de un pueblo sobre otro; pues la historia no contiene otro más eficaz.

Dos consecuencias importantes resultan de todo lo dicho: la primera, que el islamismo, como religión, no tuvo ninguna influencia en los trabajos científicos y filosóficos de los Arabes; y segunda, que el impulso dado por el Oriente

ventanas no lo representa todo en un monumento; el cual se compone de una serie de elementos variados, cuyo mérito no puede determinarse sin examinar todo el conjunto del edificio. Sólo este conjunto permite apreciar el estilo. El estilo gótico ú ojival no se formó de un soplo; sino que deriva del románico, el cual procedió del latino y del bizantino, por una serie de modificaciones; y cuando quedó constituido, fué un estilo del todo original, completamente diferente de los que le precedieron. Una hermosa iglesia gótica representa para mí lo que el arte quizá produjo de más bello entre todas las obras humanas, incluso los monumentos más perfectos de la antigüedad griega y romana (1).

(1) Es necesario estar muy preocupado para no ver en las iglesias góticas el sello bárbaro de que están inundadas, por más que sean grandiosas; lo cual es innegable. Nunca la titulada arquitectura cristiana podrá sostener un paralelo razonado y ventajoso con la arquitectura griega y con la árabe; las cuales no sólo la dominan por el exquisito gusto, sino también por la sencillez y lógica de su construcción. La arquitectura románica y la gótica son de períodos alta y bellamente inspirados, pero groseros, ignorantes y brutales; al paso que la griega y la árabe son de períodos inspirados, grandiosos y cultísimos.

(N. del T.)

Hasta en el caso de que la Edad media hubiese tomado de los Arabes los principios de su arquitectura, las razas de Oriente y las de Occidente tenían necesidades y gustos tan diferen-

tes, y vivían en centros tan poco parecidos, que las artes, simple expresión de las necesidades y sentimientos de una época, no podían menos de diferenciarse pronto.



Alcázar de Segovia

Pero hasta reconociendo que no existe ninguna analogía entre la arquitectura gótica, cuando estuvo constituida, y la arquitectura árabe, no cabe negar la importancia de los detalles que los occidentales tomaron de los orientales;

los cuales ya han sido reconocidos por los autores más competentes, de modo que nos bastará concederles la palabra.

«No puede negarse, dice Batissier, que los arquitectos franceses de los siglos XI y XII ha-